

# El oficio crítico.

## Entrevista con Huberto Batis

Morelos Torres

*Hace no mucho tiempo, la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM le rindió un homenaje a Huberto Batis por sus setenta años de vida. Este importante profesor universitario se ha caracterizado a lo largo de su trayectoria por participar de forma irreverente —o más bien aguerrida y combativa— en la vida literaria del país. Editor, escritor y formador de jóvenes escritores, Batis ha asumido una permanente actitud crítica frente a los principales acontecimientos de las letras mexicanas, lo cual consta en los artículos que ha escrito para periódicos, revistas y suplementos literarios. Sobre este oficio, sobre la tarea de la crítica en nuestro país, charlamos una mañana en su casa: tres plantas repletas de libros apiñados en forma desordenada aquí y allá. Frente a un viejo escritorio, y teniendo por testigo de la conversación a un librero metálico y desvencijado que se reclina peligrosamente sobre uno de sus costados —“el librero inclinado de Pisa”, lo llama él—, Batis habla sobre su experiencia en la crítica literaria. No adoctrina, no pronuncia sentencias: sencillamente describe, junto con estampas de su vida, las complejidades de la escritura y la crítica literaria en México.*

Pues bien, ¿de dónde partimos?, ¿por qué no del siglo XIX? Ignacio Manuel Altamirano cuenta en *El Renacimiento* que él comenzó por hacer crítica de teatro; y que en una de esas, al salir de una función, se le acercó un tipo y le dio una puñalada; el agresor había sido mandado, o bien por los dueños del teatro, o por la gente que estaba haciendo aquella obra que él había criticado, ya sea un actor, el director, o tal vez el novio de la actriz. Y además él sabía por qué sufrió la agresión, porque así lo cuenta: “Por mi crítica de la semana pasada, ahora estoy en el hospital, apuñalado”.

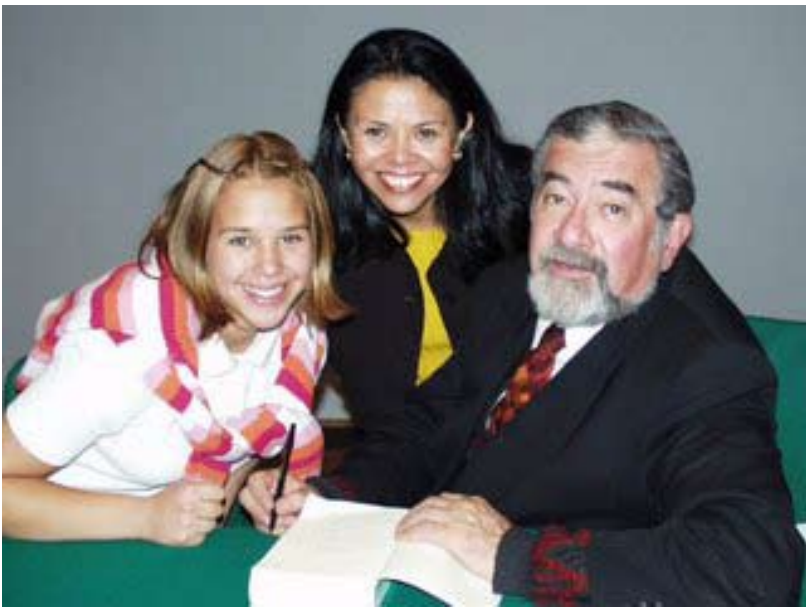
¡Eso es ser un héroe! Así se hacía la crítica en ese entonces, y con esas consecuencias.

Ahora pasemos al siglo pasado, al XX. Te voy a contar la conversación que tuve un día en la Facultad de Filosofía y Letras con Agustín Yáñez, a quien había conocido en Guadalajara siendo yo un muchacho de diecisiete años, cuando él era Gobernador. Me lo encuentro en el pasillo de la Facultad, y me dice: “Leí una crítica que usted hizo en el *Novedades* —en el suplemento *México en la Cultura*, de Fernando Benítez—, sobre un maestro de esta Facultad: lo hizo usted polvo. Está bien. Pero no ha pensado que, si ahora está usted estudiando, luego va a ser profesor o investigador; y va a estar sesenta años, hasta su muerte, junto con ese profesor. En su carrera, usted puede elegir entre la creación, la investigación o la crítica. Yo que usted, no escogería el camino de la crítica: lo único que va a cosechar van a ser sinsabores, porque va a hacerle graves ofensas a la gente, y ésta luego se las cobra”. Tenía toda la razón: aquel profesor que se ofendió por la crítica que le hice, se opuso siempre a ascensos míos, a cátedras que yo quería dar, a cualquier mejoría en mis condiciones laborales. Y allí está todavía, así que lo único que puedo esperar es que algún día se muera, porque todavía se acuerda de una crítica de los años cincuenta.

¿Qué me estaba diciendo Yáñez, entonces? Pues me advertía: “¡Cuidado! En México hay una serie de costumbres, de leyes no escritas, reglas de cortesía, que se suelen obedecer”. Según éstas, al escribir una crítica, uno primero elogia, y luego dice: “Tengo algunos leves reparos acerca de la obra”, etc., con mucha delicadeza. La generación del Ateneo, por ejemplo, provenía aún del siglo XIX, y estaba

formada por caballeros bien educados: Antonio Caso, Pedro Henríquez Ureña, Martín Luis Guzmán, Alfonso Reyes. Por eso se hablaban entre almíbaros, gardenias y elogios, y sólo llegaban a lanzar pequeños dardos. A no ser que hubiera una ruptura seria, como la que hubo entre Antonio Caso y Vicente Lombardo Toledano en 1933, que generó una polémica brutal en los periódicos, y que la gente siguió con mucho interés. Pero claro que también existe la tradición de un Novo, de un Cuesta, de los Contemporáneos, que eran una generación que dijo siempre lo que pensaba. La

mismo quise ir una vez a uno de esos banquetes, pero Carballo me disuadió: “Imposible; jamás”. Después, cuando conocí a Alfonso Reyes, le reclamé: “Oiga, usted nunca me invita a las comidas”. “No –me dijo-, es que son un grupo de gente muy especial”. Es verdad que me abrió las puertas de su casa: “Te invito a ti y a tus cuates, tráete a tus amigos, a los escritores jóvenes”; pero para las comidas de los importantes, no había invitación. Octavio Paz cuenta que los Contemporáneos lo invitaron a una comida que se convirtió en un examen, y que todo mundo le hacía preguntas; y que una vez aprobado en este examen, le dijeron: “puedes venir a nuestras comidas”.



Huberto Batis (derecha)

tradición de un Salazar Mallén feroz, de unos estridentistas también feroces. A esa misma tradición pertenece la revista *Metáfora*, de finales de los cincuenta y los primeros años sesenta. La hacían unos a los que podemos llamar *pelados*. A la revista le empezamos a llamar *mentáfora*, porque al final de cada número venía una especie de colofón muy largo, en donde destripaban a medio mundo –empezando por Alfonso Reyes y por Octavio Paz–, y se burlaban de todos. Este colofón lo hacía el director de la publicación, Jesús Arellano, un ex sacerdote y corrector de pruebas de la imprenta universitaria muy versado en lenguaje, ortografía y edición. Era también poeta, e hizo una antología que se llama *De los cincuenta*, donde presentaba un corte con los poetas que estaban publicando en ese entonces. Los ataques de *Metáfora* eran tremendos, golpes muy fuertes: crítica literaria, crítica a las personas, y al caudillismo y al endiosamiento de Alfonso Reyes y Octavio Paz. Se hablaba de la biblioteca de Alfonso Reyes como de *la capilla alfonsina*, en la cual comían Carlos Fuentes, Octavio Paz, Emmanuel Carballo, José Luis Martínez y otras personas escogidas. Yo

*Pero con Alfonso Reyes, a usted ni siquiera examen le tocó.* Así es, me dijeron que no desde el principio. Es que había en aquellos años una evidente separación social en la literatura. ¿Quién escribía en la revista *Metáfora*? Jaime Sabines, Rosario Castellanos, Sergio Magaña, Emilio Carballido, Jesús Arellano, y su coeditor, que se llamaba A. Silva Villalobos. En los primeros números, José Luis Martínez –que como buen intelectual manejaba la prensa de una dependencia, en este caso de los Ferrocarriles– apoyó la revista, porque salía un anuncio de esta compañía. Pero en cuanto vio los ataques a don Alfonso, le quitó el patrocinio a *Metáfora*. Y entonces Arellano atacó gravemente a José Luis Martínez; utilizaba su revista para pegar muy fuerte, y donde dolía más. Los intelectuales jóvenes de entonces no publicaban en las revistas de gran prestigio. Tal vez podían hacerlo, pero había en ese momento una brecha muy grande entre los autores jóvenes y los reconocidos; un abismo infinito, por ejemplo, entre Octavio Paz y Jaime Sabines. Sabemos que ese abismo desapareció con el tiempo: años después, cuando se realizaban los congresos de poesía, recuerdo una presentación en la cual Octavio Paz leyó en el teatro un poema con aquella voz tan especial, tan delicada. La gente lo oyó y le aplaudió fervorosamente. Pero cuando Jaime leyó más tarde su poema... ¡todo el teatro lo coreaba!, porque se sabía el poema de memoria. Y el recinto parecía caerse con la emoción de toda esa gente.

*Nunca les gustó eso a los demás poetas, la popularidad de Sabines...*

No. ¿Y dónde vivía Sabines a principios de los sesenta? En las cantinas. Allí se reunían también Sergio Magaña y otros colaboradores de *Metáfora*, como Rosario Castellanos, a quien nadie pelaba, porque era una jovencita desconocida; yo mismo publiqué mis primeros cuentos y poemas en

aquella revista, y mi primera crítica también, que le hice al libro *Hueso y carne*, de Raúl Prieto –Nikito Nipongo–, un trabajo feroz al que titulé “Ni hueso ni carne”.

Recuerdo la primera vez que fui a la redacción de *Metáfora*, que estaba en una vecindad, detrás de la Alameda, en la calle 2 de abril, rodeada de putas, de borrachos y marihuanos; ahí, al lado de unas callejuelas, en un cuarto horrible, estaba la redacción. Recuerdo que se bebía ferozmente: estaban José Revueltas, Juan de la Cabada y toda la bohemia literaria, un grupo de grandes escritores. De pronto veo en una pared un retrato de Alfonso Reyes, y debajo de él una mesita con veladoras, y entonces me dicen: “tienes que prenderle su veladora a San Alfonso: ésta es la capilla alfonsina. ¡Y hay milagros!” Entonces, al acercarme al retrato, vi que los “milagros” que habían dibujado en torno a la imagen eran sapos, culebras, alacranes, arañas, todas ellas con un nombre: Carlos Fuentes, Emmanuel Carballo, José Luis Martínez, Alí Chumacero, Octavio Paz y todos los que iban con don Alfonso. Días después le conté eso al propio don Alfonso, y él musitaba: “Pero, ¿por qué?, ¿por qué no me quieren?” Él sufría, lloraba y me repetía: “pero, ¿por qué no me quieren esas personas, si yo sé que Jaime Sabines, que Rosario Castellanos son poetas excelentes, que hay muy buenos escritores, por qué me tienen esa ojeriza?” Pues era porque él estaba con la élite, y ellos representaban el lumpen.

*Existía una diferencia de clase muy marcada...*

Sí. Aunque te aseguro que se emborrachaban igual de fuerte en las dos partes; nada más que con cognac acá –o con vinos muy buenos–, entre los *divinos*, y los de *Metáfora* con tequila o mezcal, o hasta con ron Castillo. Yo llegué a ver fiestas de los *divinos* en que rodaban botellas de vino y cognac, y fiestas de los otros donde rodaban botellas de tequila y mezcal.

*¿Y no había contacto entre unos y otros?*

Difícilmente. Veamos el caso de *la swástica*, como apodábamos a Rubén Salazar Mallén por la forma en que caminaba –era cojo y rencoso–. Él había externado y escrito muchas de las ideas que Paz retomó en *El laberinto de la soledad*, y de ese hecho surgió una enemistad natural y permanente. Paz le llamaba “lobo con piel de cordero”, y en respuesta Salazar Mallén se retrató en *Sábado* vestido con un pellejo de cordero blanco, con un pie de foto que decía “Rubén Salazar Mallén, el lobo vestido de cordero”. Recuerda que Octavio Paz no escribe con notas; es un escritor prodigioso

que lleva a lo sublime el pensamiento y la expresión de los investigadores que algunos llaman “tamemes”, “hormigas” o “abejas”, que juntan y acopian el material. Octavio Paz es ante ellos una mariposa, que va por los jardines brillando, chupando el néctar, y que nunca dice “esto es de fulano o mengano”. Jamás. Y eso no lo soportaba Salazar Mallén.

*¿Y esa tradición de la dura capacidad crítica de Metáfora sobrevivió en publicaciones posteriores?*

Sí, en algunas revistas. Cuando Carlos Fuentes y Emmanuel Carballo fundan la *Revista Mexicana de Literatura*, ponen unas páginas en la parte final en donde se empiezan a hacer comentarios críticos, sobre todo políticos. Es el lugar propicio para hablar de la Revolución Cubana, de asuntos del gobierno, de la política, de los partidos, de la persecución a los comunistas. Y también para hacer crítica literaria feroz. En esa sección, llamada “Actitudes”, fue que Juan Vicente Melo escribió “Lo que el viento se llevó”. En mi revista *Cuadernos del Viento*, Carlos Valdés y yo le pusimos a una sección similar el nombre “Palos de ciego”. Y cuando los demás ubicaban esa sección al final de las revistas, nosotros la colocábamos en la primera plana. Se llamaba así porque decíamos que un ciego no va a ver a quién le pega, y nosotros pegábamos a diestra y siniestra, a quien fuera: no teníamos partido. Carlos Valdés era muy agudo, muy bueno para hacer burlas. Un día, por ejemplo, en una clase que tenía yo con Agustín Yáñez, le llevé la revista sin acordarme de que había un palo de ciego contra él. Y entonces, mientras daba la clase, comenzó a leer aquello; y súbitamente suspendió su cátedra. El texto decía: “Yáñez se refiere en esta novela a la Vía Láctea; pero la leche se le derrama”. Cuando la terminó de leer, me dijo: “Pero, ¿qué es esto?” Y era verdad, ¿por qué no iba a tener derecho a decir “la Vía Láctea” en una novela? Pero yo sentía que en el contexto de la obra la frase no pegaba, que era un cultismo. ¿Por qué Agustín Yáñez nunca puso un “cabrón” ni un “chingada madre”, ni nada, sino “caracho”, o “p...”? Cuidaban mucho esas cosas. Acuérdate que a Jorge Cuesta y a Salazar Mallén, por haber publicado algo demasiado atrevido, los metieron al bote... ¡acusados por Novo y Villaurrutia! Fue en la revista *Examen*, de Cuesta, en la que se publicó un fragmento de la novela *Cariátide*, en la que había mentadas de madre, y cogidas, palabrotas y todo eso. Entonces Torres Bodet, secretario del secretario de Educación en turno, y que les daba chamba a todos, dijo “Qué barbaridad, hay que frenar este libertinaje de la literatura”. Ahora, al ver la crítica adversa, Yáñez se enojó mucho conmigo por haberme burlado de su “Vía



De la serie Lucy

Láctea”. ¿Y por qué? Si eran unas bromas inocuas, chistes realmente menso.

*¿De dónde viene esta incapacidad de los intelectuales para asumir las críticas y en su caso contestarlas, de aceptar al crítico como un interlocutor? ¿Por qué el intelectual mexicano no acepta la crítica?*

Por lo que me decía Yáñez: porque convivimos los críticos con los criticados, y si se convive, no se le puede decir a nadie lo que realmente se piensa de lo que ha escrito. “¿Te gustó mi libro?”, pregunta el autor. “¡Maravilloso!” le responden automáticamente. “Y además, ¡qué guapo estás, y qué joven... ya tienes setenta años, y pareces de cuarenta!” Y las mujeres son todavía más elogiosas, te dicen: “¡Qué guapo estás, qué trajezazo traes!”... cuando tú vas con la ropa totalmente vieja y arrugada.

Ahora bien, la crítica que no sea muy cuidadosa, muy perfumada y cortés, se considera “vulgar”. Tú imagínate lo que pasa cuando Novo dice de Spota: “Spota lleva en el apellido de su padre la profesión de su madre”. Porque Spota había atacado antes a Novo, llamándole “nalgador sobo”.

Sí, se daban en esa época en la literatura cosas violentas. Pero eran peleas a muerte.

*No se podían ver los autores...*

No, no. Sólo para matarse. El propio oficio de escribir en un periódico era considerado vulgar. Cuando yo escribí en la revista *Siempre!*, en el suplemento de Benítez, mi papá, que estaba en Guadalajara, me comentó: “Mis amigos me dicen que te han estado leyendo en las peluquerías”. Porque era revista de peluquerías, no de casa. Pagés era tan listo como los de *La Prensa*, que le dan su periódico a los boleeros; él enviaba su revista a las peluquerías, y allí la gente la leía como una costumbre. Como sabes, cuando corrieron a Benítez del *Novedades*, él llevaba medio millón de pesos que le había dado el presidente López Mateos para fundar un nuevo suplemento, así que fue muy bien aceptado por Pagés Llergo en *Siempre!* Ese dinero lo había conseguido Edmundo Valadés, que trabajaba en la Presidencia de López Mateos. Esto lo sé porque lo contó Gastón García Cantú, quien le propuso en ese entonces a Benítez: “Fernando, es el momento de que los intelectuales no estemos en un periódico, sino que hagamos una revista o un periódico nuestro, independiente, en donde no tengamos que ver ni a O’Farrill, ni a Beteta, ni a nadie”. Pero Benítez le respondió: “Es una lata, no sabes, esto de las imprentas, y la distribución, y el mercado. Hay que ir dentro de un órgano ya establecido, y qué mejor que con Pagés, que tiene fama de acoger a gente que llega de otros países, exiliada, gente que está en la lona”.

Pero cuando, más adelante, Benítez criticó en el suplemento la muerte de Rubén Jaramillo, el gobierno dejó de darle ayuda a *México en la cultura*. Edmundo Valadés también me ayudó a mí, me consiguió dinero para hacer *Cuadernos del Viento*. Me compró doscientas suscripciones; y cuando yo le pregunté “¿A quién se las mando?”, él me respondió: “A quien tu quieras, a las bibliotecas, a intelectuales, a amigos, y a mí mándame diez a la Presidencia”. Todo eso se hizo en un desayuno en casa de Arturo González Cosío, al que asistimos intelectuales muy jóvenes como Beatriz Espejo, Homero Aridjis y yo; también estaban Rulfo, Arreola, Yáñez y Torres Bodet. Asistió también López Mateos, y en medio del desayuno de chilaquiles que tanto le gustaban al Presidente, nos preguntó: “¿Qué están haciendo?” Cada quien habló de sus proyectos, y cuando yo le expliqué que estaba haciendo una revista, él le dijo a sus colaboradores: “Pues ayúdenlo”. Cuando le tocó el turno a Arreola, López Mateos le preguntó: “¿Y usted qué está haciendo?” “Pues yo

me estoy muriendo de hambre, señor Presidente” Y cuando a su vez le tocó su turno a Aridjis, él dijo: “Yo también, como Arreola, me estoy muriendo de hambre”. Así que al terminar el desayuno, Arreola y Aridjis se fueron en el coche del Presidente. Arreola dijo al despedirse: “es que nos van a poner una transfusión de sangre de emergencia, porque nos morimos de hambre”. Así se manejaban esos asuntos. Así hizo Edmundo Valadés la revista *El Cuento*; así hice yo *Cuadernos del Viento*, con patrocinios de la UNAM, del INBA, de la Secretaría de Hacienda. Y siempre te llevaba un escritor a ver a un subsecretario. Por ejemplo, Luis Spota me llevó a ver a Ortiz Mena, porque él tenía derecho de picaporte: podía llegar a su despacho sin pedirle permiso a nadie. Aquella vez lo saludó así: “Cómo le va, don Antonio, le presento a Huberto Batis, que hace una revista literaria y necesita ayuda”. Y entonces Ortiz Mena apretó un timbre y le dijo a un tipo: “Llévese a este muchacho, y vea qué quiere”. Así conocí a don Jesús Rodríguez y Rodríguez, el subsecretario, que preguntó: “A ver, esta revista para qué es; y yo por qué le voy a dar dinero para una revista literaria”. Lo mismo me preguntó Arnáiz y Freg en el Seguro Social —es que los intelectuales eran siempre quienes manejaban la prensa, lo que ahora llaman “comunicación social”—: “El Seguro Social tiene hospitales, ¿por qué va a tener revistas literarias?” —me espetó Arnáiz—. “Pues porque tiene también teatro— le respondí”. “Sí, y por eso estamos como estamos, porque todo se va en hacer teatro —concluyó—”. Es verdad que en aquella época el Seguro Social llenó a la República de beneficios de salud y cultura; pero ahora estamos pagando aquellos elefantes blancos.

Pero volvamos a la tradición crítica de la *Revista Mexicana de Literatura*.

Imagínate: en la tercera época de la revista, Juan García Ponce dirigía el Consejo de Redacción —porque la había recibido de Tomás Segovia, que a su vez la había heredado de manos de Carlos Fuentes y de Carballo, quienes, luego de pelearse entre sí, dejaron la publicación—. Cuando Tomás Segovia se fue a Uruguay, le dijo a García Ponce: “Empieza a ayudarme, para que aprendas cómo se hace una revista”. Inés Arredondo ha contado que ella le ayudaba a Tomás en hacer el café y las galletas para todos los que iban a venir, y que se lo tenían que tomar los dos, porque ni Bonifaz, ni Xirau, ni Monterroso iban a las juntas. Con García Ponce las juntas eran en la Casa del Lago, que era nuestro centro de reunión. Por eso queremos que nos llamen Generación de la Casa del Lago. Ésta había sido fundada por Arreola; la heredó después Tomás Segovia; cuando éste se fue, se la

dejó a Juan Vicente Melo. La revista se hacía allí, desde que Tomás había sido el Director; allí estaba la bodega, que Rita Murúa manejaba, y donde vendía suscripciones. La revista se hacía con oro yanqui, con la Ford y otras compañías de Estados Unidos. ¿Y quién nos conseguía ese dinero? Pues Octavio Paz, quien desde sus embajadas siempre estaba atento a lo que pasaba, y que fue el cerebro de la *Revista Mexicana de Literatura* desde Fuentes y Carballo. Porque no sólo mandaba a la publicación textos de todo el mundo, sino que también conseguía patrocinios. Sin embargo, en esa tercera época había muy poco dinero; le debíamos a la imprenta muchísimo, aunque nos decían “Ustedes sigan la revista, ya me pagarán”. La imprenta era de Loera y Chávez...



De la serie Escaparates

*Quien había hecho la importante publicación Cultura décadas antes...*

Sí. Una persona y una imprenta con una gran tradición en la literatura. Allí se hacía también *Cuadernos Americanos*. Incluso le habían dado a don Jesús Silva Herzog un cuarto como oficina. Entonces imagínate cuando llego por primera vez a la redacción de la *Revista Mexicana de Cultura*, invitado a pertenecer al grupo, gracias a una crítica feroz que había escrito Juan Vicente Melo acerca de *Cuadernos del Viento*, que se llamó “Lo que el viento se llevó”. Yo contesté aquel texto línea por línea; reconocí algunas cosas, me defendí en otras y rebatí violentamente otras más, y donde había mala leche, le dije: “Qué mala leche, doctor Melo”. Ellos leyeron mi defensa y dijeron: “Pues es un tipo a toda madre, invitémoslo con nosotros”. Así que me invitan; y cuando llego, me encuentro a Inés Arredondo, que acababa de regresar de Uruguay, y que me espeta a quemarropa:

“¿Quién es éste? Yo nunca he leído nada que haya escrito”. Estaba también Jorge Ibargüengoitia, que fue el primer estudiante que yo había conocido en la Facultad de Filosofía y Letras, al estar mirando los horarios, en compañía de un amigo mutuo. Recuerdo que aquella ocasión fuimos al café de la Facultad, pero que no habían pasado ni cinco minutos, cuando ya Ibargüengoitia me estaba diciendo: “Oye, ¿por qué no te regresas a Guadalajara? Eres un ignorante: no has leído a Joyce, no has leído a Hermann Broch, ni a Gidé, no has leído a nadie”. La crítica me caló tanto, que ese mismo día le dije a Alfonso Reyes: “Don Alfonso, yo creo que me regreso a Guadalajara, porque un estudiante me convenció de que soy un ignorante”. “¿Y quién es él?”, me preguntó. “Pues un tal Ibargüengoitia”. “Es un tipo muy duro”, me explicó. “Pero tú le pudiste haber contestado: ‘y tú no has leído a Homero, ni has leído a Virgilio, ni a todos los que yo he leído’ –porque yo venía de la Compañía de Jesús, donde había estudiado latín y griego, y a los clásicos–. Pero eso sí –me advirtió don Alfonso-, quédate con tus clásicos, pero también ponte a leer a los modernos. Tienes que leer el *Ulises* de Joyce, no nada más el de Homero”. Bueno, pues cuando Ibargüengoitia me vio llegar a la redacción de la *Revista Mexicana de Literatura*, nada más frunció la cara, pensando seguramente “Ahí viene este pendejo”. Estaban también Isabel Fraire y Gabriel Zaid. Luego Juan Vicente Melo me dijo: “Oye, pues estuvo muy duro eso de ‘Lo que el viento se llevó’, pero qué bien me contestaste”. Juan García Ponce, que era el director, y una persona muy afable, reunió a todos y les dijo: “Pues este Batis es *bien*”. ¿Cómo funcionaba el consejo de redacción de la revista? Pues se veía un texto y se dictaminaba sobre él tajantemente: “Se rechaza”. “¿Pero si es de García Márquez!” –decía alguno–. “Pues con más ganas se rechaza”. Se leyeron textos de Vargas Llosa, por ejemplo, y se rechazó un fragmento de *La ciudad y los perros*, muy mal escrito.

#### *Era una crítica sin concesiones.*

Sí. Nadie tenía asegurado que su texto se publicaría. Yo escuchaba cómo entre ellos mismos se decían: “No, mano, tu texto no es bueno. Lo tienes que trabajar más”. Inés Arredondo, por ejemplo, era tremendamente crítica. En *Lo que Cuadernos del Viento nos dejó* escribí que tuve que enamorarla para que ya no me estuviera vetando los artículos que yo llevaba. Ocurrió entonces un fenómeno muy curioso. Los de la *Revista Mexicana* publicaban en *Cuadernos del Viento*, y viceversa. Y entonces ya teníamos dos revistas para un grupo. Pero Juan Vicente Melo me echaba en cara lo

siguiente: “¿Cómo puedes publicar a Tomás Segovia, Juan García Ponce, Zaid y a mí junto a José Agustín, Gustavo Sáinz y Rubén Salazar Mallén? ¿Quiénes son esos?” Y yo le contestaba: “Pues son escritores”. Pero el grupo de la *Revista Mexicana de Literatura* nunca leyó a José Agustín, y José Agustín nunca leyó a Juan García Ponce. Estoy hablando de los años sesenta, cuando más de una vez yo choqué con aquella élite de jóvenes, que me reclamaban: “¿Cómo le publicas a Gustavo Sáinz y a José Agustín, que son hijos de aviadores y de choferes, que viven en la colonia del Valle y la Narvarte, mientras nosotros vivimos en Coyoacán, en San Ángel, en el Pedregal; y mientras nosotros hemos viajado por Europa, éstos hablan de *ñero* y de *guarniz*, *tabarniz*, *is barniz*. ¿Qué son todas esas mamadas?” Entonces yo les decía: “Pues es otro tipo de literatura, que tiene derecho de existir”. Margo Glantz escribió un libro llamado *La onda y la escritura en Mexico*. *Ecriture* es un término francés que viene de los escritores del *nouveau roman* y los escritores consagrados; la *nouvelle vague*, en cambio, estaba en el cine, y ella la aplicó a la literatura, cosa que a ellos les molestó mucho, pues hasta la fecha dicen que no son la nueva ola. Si le hubieran dicho a Elizondo que él formaba parte de la nueva ola, hubiera dicho que sí, que por supuesto, que encantado, porque él venía de Francia, en tanto que García Ponce había estado en España. Melo venía también de Francia, porque se había recibido de médico en la UNAM, pero su papá lo envió a Francia a doctorarse en dermatología, y él en cambio se dedicó a la literatura y a la música. Aquella época de la *Revista Mexicana de Literatura* concluyó cuando Gastón García Cantú expulsó de la Casa del Lago a Juan Vicente Melo. En aquella ocasión muchos universitarios lo defendimos, y con tal pasión que terminamos por renunciar a la UNAM un montón de escritores: García Ponce, Gurrola, José de la Colina, Tomás Segovia, Héctor Mendoza... García Cantú no soportó que hubiera un grupo de gente con opinión propia, escritores que se mandaran solos. Y es que García Terrés, por el contrario, los había dejado mandarse solos. Recuerdo que les dijo a Carlos Valdés y a García Ponce: “Hagan la *Revista de la Universidad* como puedan, y ya que la tengan me la traen”. Ellos le llevaron entonces los textos, porque creían que les iba a decir: “Este artículo sí entra y éste no”. Pero se llevaron una sorpresa cuando les dijo: “No, tráiganmela impresa, ya para leerla”. Les daba una libertad absoluta. Lo mismo hicieron José Luis Martínez y Agustín Yáñez conmigo en la *Revista de Bellas Artes*: confiaban plenamente en mí, y revisaban la revista ya impresa, en su escritorio.

*Ahora bien, usted se debe haber llevado algunas grandes sorpresas en su labor de crítico. ¿Por qué no nos cuenta alguna?* Mira, después del terremoto de 1985 escribí un artículo en donde decía: “El Presidente De la Madrid sale con un traje impecable de gamuza nuevecita, y desde la ventana de un autobús, acompañado por todos sus ministros, pasa y mira las ruinas del Hotel Regis, pero nunca se baja. Cuando por fin lo vemos bajar del vehículo, es en Los Pinos, porque es un señor almidonado”. Años después, asistí a los Pinos a una comida, invitado por Rogelio Álvarez, el coordinador de la Enciclopedia de México. Asistimos todos los que habíamos participado en esta publicación. Yo estaba en una mesa con Emmanuel Carballo y con Gastón García Cantú. De la Madrid llega a saludarnos, y cuando Rogelio le dice “Éste es Huberto Bátis”, el Presidente me mira fijamente y me dice: “Ah, con que soy un Presidente almidonado”: se le había quedado aquella palabra en la cabeza para siempre.

*Entonces esta incapacidad para enfrentar la crítica trasciende a los intelectuales. Los políticos son también incapaces de aceptar que los critiquen.*

Los políticos inteligentes dicen que no hay que contestar a los periodistas ni a los críticos fuertes, porque saben que con el tiempo la tortilla suele dar la vuelta, y éste que ahora es un periodista, mañana va a ser subsecretario o hasta Presidente de la República. Por eso ellos tienen —o tenían— una regla de supervivencia, que consiste en recibir el golpe con una sonrisa en los labios. Pero si pueden contestar, lo hacen, aunque de una manera *sutil*: por ejemplo, negándose a darte un viaje, o un cargo. Hace años a mí me ofrecieron irme de agregado cultural por parte de Relaciones Exteriores, y hasta me dieron a escoger entre Chile, Suiza y Canadá. Yo elegí Suiza, para poder estar en Europa viajando, y porque pensé “México y Suiza no creo que tengan grandes asuntos, que me impidan escribir”. Pero cuando llega la lista de los agregados, el señor Jaime Torres Bodet tacha a Huberto Bátis y dice “este señor no va a ninguna parte”. ¿Por qué? Porque yo había escrito una crítica a un *Balzac*, un breviario del Fondo de Cultura Económica que hizo él, que es un libro maravilloso y me encanta. Pero como Benítez aborrecía a Torres Bodet, le puso por cabeza a mi texto: “El Balzac de un burócrata”. Así era Benítez: usaba las cabezas del suplemento para expresar sus propias ideas; así que todos temblábamos en el suplemento pensando “¿Qué va a hacer éste con mi texto?” Porque él era muy bueno para cabecear,

para armar polémicas, para despertar pasiones. ¿Qué tipo de polémicas le gustaban? Pues por ejemplo aquella que se dio entre Octavio Paz y Carlos Monsiváis en *Proceso*, y que comenzó porque Scherer, al entrevistar a Paz, le dijo: “Oye, Octavio, veo que los jóvenes ya no te idolatran, que ya te están criticando”. Y Paz le respondió: “Sí, son unos perritos que vienen a ladrar frente a mi monumento. Estos perritos vienen y se orinan en el pedestal de mi estatua”. Esa frase le costó que Carlos Monsiváis le respondiera desde el suplemento *La Cultura en México* —que ya le había dejado Fernando Benítez—, poniendo en duda la existencia de Paz como un monumento frente al cual hubiera que quitarse el sombrero. Porque en el suplemento estaban ya jóvenes hipercríticos, irreverentes, como José Joaquín Blanco, David Huerta, Federico Campbell o Héctor Manjarrez, que no se mordían la lengua y empezaban a atreverse a responderle a los figurones. Sin embargo, en la polémica entre Paz y Monsiváis, el primero pronunció aquella famosa frase, o más bien una sentencia: “Monsiváis no tiene ideas, sólo ocurrencias”. Fue un golpe tan fuerte, que puso fin a la polémica.

*¿Qué me puede decir de la crítica literaria que se hace actualmente en México?*

Actualmente de la crítica se pueden rescatar sólo frases: frases perdidas en medio de gelatina. Veo ahora muchos críticos, pero no veo que se sostengan; aparecen desperdigados, sin sitio fijo. A un crítico hay que darle su lugar, su importancia como de le da a un escritor. Y cuando su crítica es importante, oportuna, cuando la obra examinada es importante, hay que darle primera plana, en lugar de dejarlo relegado. En todos los suplementos hay pastillitas, donde se dice: “recomendamos la lectura de tal o cual libro”. Y eso es todo. En el suplemento *Hoja por hoja* del *Reforma* hay un intento de crítica seria y abierta, en gran abanico: eso debería de estar cada semana en todos los periódicos.

*A comparación de los años sesenta, de la efervescencia intelectual y cualidad crítica de los intelectuales de ese momento, estaríamos a su juicio en un momento oscuro, o al menos gris...*

Sí. En general todos los suplementos no hacen uno. El suplemento de José de la Colina, por ejemplo, era el mismo cada domingo, los mismos escritores siempre, pero

tenían una gran calidad. Cómo me gustaría ver eso ahora en los suplementos actuales. Un poeta, un dramaturgo, un narrador de largo aliento, ¿cuándo publican? No hay espacios para ellos. Además, hace falta una mirada seria, un ojo inteligente sobre lo que está ocurriendo en el país, en la literatura nacional. Por ejemplo, es notable el hecho de que hay cierta animadversión hacia algunos grupos. En *Sábado* se dieron a conocer los *Cracks*, también la *literatura basura*, desde los elitismos más grandes, hasta los movimientos marginales: todos los manifiestos que se quisieron lanzar. Y de pronto, ahora hay una especie de bombardeo contra los *Cracks*, especialmente sobre Volpi, que es un caso interesante, porque publica en todos los periódicos: es una especie de Elena Poniatowska o de Carlos Monsiváis, y escribe de todo, de política, de moda, de ciencia, de literatura, y cada mes sale una novela suya. ¿Cómo es eso? ¿Qué clase de monstruos geniales está produciendo la literatura mexicana? Faltan críticos que examinen estos fenómenos. También veo a los jóvenes buscar mucho triunfar en España. Ahora publicas en España y ya eres un triunfador. Este muchacho, Xavier Velasco, cuando gana el premio, es llevado por todos los países, lo vuelven loco... ¡regresó caminando entre nubes! Cuando era antes un tipo con los pies en la tierra, valientísimo, muy buen escritor. Creo que *Diablo guardián* es una novela muy bien escrita, pero considero que son excesivas 400 páginas para algo que pudo haberse escrito en cuarenta: era un buen cuento. Tiene muchos recursos, eso sí: yo cuando la leí estaba aburrido, y sin embargo también admirado por el hecho de encontrar en cada página el uso de un nuevo recurso para hablar de la misma cosa y sostener la narración. Tiene mucho oficio, chispazos excelentes, pero creo que los jóvenes son dignos de una obra mayor, deberían ser capaces de hacer algo más importante. Yo he hecho de menos las novelas de mi generación, *Farabeuf*, de Salvador Elizondo, *Gazapo* de Gustavo Sáinz, o las novelas de José Agustín o de Sergio Pitol; echo de menos la *Crónica de la intervención* de Juan García Ponce.

*¿Qué sabor le deja la labor crítica que ha desarrollado durante décadas?*

Reuní mis críticas de los años sesenta, setenta y ochenta, y cuando las lees, tienes una visión —la de Huberto Batisde veinte años de literatura. Yo crecí en esos veinte años como crítico, y el lector, mi contemporáneo, fue creciendo

conmigo. Hice crítica veinte años, y la verdad, no sé cómo, porque tenía que leer tres o cuatro libros a la semana. No tenía tiempo, no viví, no le di a mi familia mi tiempo, no se lo di a otras cosas importantes. La crítica es una labor heroica, muy dura, tremenda. ¿Y para qué? Para que finalmente la gente, en lugar de hacerle caso al crítico, prefiera la opinión de lo que considera una autoridad, es decir de un escritor reconocido.

*En los países civilizados, Francia, Inglaterra o Estados Unidos, el escritor siente, por supuesto, el mismo malestar cuando recibe una crítica adversa; pero se sabe parte de un gremio que tiene que soportar la crítica, porque ésta es seria y respetada, es un referente necesario. ¿Por qué no hemos evolucionado aquí hacia esa aceptación de la crítica?*

Porque en nuestro país los juegos de poder son duros. Octavio Paz estuvo casado con Marie Jo; ella hace collage y pintura; Paz escribió un magnífico artículo sobre el collage y la pintura de Marie Jo, y le dan una galería, y todo mundo tenía que decir que era una gran pintora y artista plástica. ¿Quién se atrevía a decir “Óigame, disiento”? El emperador está desnudo, se ha puesto su traje nuevo como en el cuento de niños, y nadie era capaz de decirle que lo está. No se puede.

*Y se da en todas las artes, tanto en artes plásticas, en teatro y en música, como en literatura.*

Hay otra expresión de este juego de poder: el poder del director. Yo recuerdo que llevaba mis críticas a *México en la Cultura*, y me decía Benítez: “Oye, tu crítica es muy lúgubre”. Eso quería decir que yo estaba atacando a alguien que era amigo de él. Esos son los límites de la crítica.

*En esta conversación hemos trazado ya un enorme periplo, desde Altamirano hasta nuestros días. En la actualidad tal vez sea menos violenta, más sutil la conducta de los escritores que son objeto de la crítica, que en el siglo XIX; seguramente ya no pegan puñaladas, pero tal vez el odio que sienten hacia sus críticos sea el mismo...*

¡Hombre! Que si será el mismo... Si criticas a alguien poderoso, sencillamente te quedas sin comer. Te corren de tu trabajo. No te publican libros, no te publican artículos. Te niegan el saludo, y cuando llegas a una presentación o a un corrillo, la gente se calla. Esa realidad es terrible, y es tan dura hoy como lo fue ayer. •